

De viajes: ¿Qué mirada ofrecemos desde el psicoanálisis a referentes parentales en contexto de movilidad humana?



FABIANA RAHI RAU¹

DOI: 10.36496/N140.A5

FABIANA RAHI RAU – ORCID: 0009 – 0008 – 4538 – 3638

RECIBIDO: ABRIL 2025 | ACEPTADO: JUNIO 2025

RESUMEN

El texto cuestiona el lugar de la psicología, particularmente el psicoanálisis, respecto a la mirada y acompañamiento de las parentalidades en contexto de movilidad humana.

Se propone mirar de cerca la construcción en nuestra cultura occidental de algunas categorías naturalizadas, generadoras de malestar, entendiendo las mismas en tensión con el proceso que implica la llegada de una nueva vida, cuya esencia trata de sensibilidad, tiempo y movimiento. Propone una ruptura con miradas que establecen lo diferente como ajeno y pasible de ser modificado en función de una única forma de ser y estar en el mundo. Estas categorías, entendidas como mecanismos de control, generan malestares y violencias en padres y madres que se encuentran naciendo en este rol y en un territorio desconocido.

En este contexto, el trabajo propone una reflexión respecto a la mirada y acompañamiento del psicoanálisis y sus herramientas, haciendo énfasis en la necesaria atención, tanto de las representa-

1 Consultora Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en Secretaría Ejecutiva de Primera Infancia, Instituto del Niño y el Adolescente del Uruguay, Montevideo, Uruguay. rahifabi@gmail.com

ciones del analista como de los referentes parentales, entendiéndolas en plena relación con sus historias, contextos y circunstancias. Se propone recolocar el momento del nacimiento en el tejido social del que la psicología y el psicoanálisis forman parte, y las necesarias respuestas desde el cuidado ético y comprometido.

DESCRIPTORES: CULTURA / CUIDADO / PARENTALIDAD / CRIANZA
/ RECIÉN NACIDO / NACIMIENTO / MIGRACIÓN / CRISIS

SUMMARY

The text questions the role of psychology, particularly psychoanalysis, regarding the perspective and support of parenting in the context of human mobility.

It proposes a close examination of the construction in our western culture of certain naturalized categories that generate discomfort. These categories are understood to be in tension with the process that involves the arrival of new life, whose essence relates to sensitivity, time, and movement. It suggests a break from perspectives that establish the different as foreign and subject to modification based on a single way of being and existing in the world. These categories, understood as mechanisms of control, generate discomfort and violence in parents who are just beginning to assume this role in an unfamiliar territory.

In this context, the work proposes a reflection on the perspective and support of psychoanalysis and its tools, emphasizing the necessary attention to both the representations of the analyst and the parental references, understanding them in full relation to their histories, contexts, and circumstances. It suggests repositioning the moment of birth within the social fabric of which psychology and psychoanalysis are a part, and the necessary responses from ethical and committed care.

KEYWORDS: CULTURE / CARE / PARENTALITY / UPBRINGING
/ NEWBORN / BIRTH / MIGRATION / CRISIS

*Apenas nos pusimos en dos pies,
comenzamos a migrar por la sabana
siguiendo la manada de bisontes,
más allá del horizonte,
a nuevas tierras lejanas.*

*Los niños a la espalda y expectantes,
los ojos en alerta, todo oídos,
olfateando aquel desconcertante
paisaje nuevo, desconocido.*

*Somos una especie en viaje,
no tenemos pertenencias, sino equipaje.
Vamos con el polen en el viento,
estamos vivos porque estamos en movimiento.*

*Nunca estamos quietos,
somos trashumantes,
somos padres, hijos, nietos y bisnietos
de inmigrantes.
Es más mío lo que sueño que lo que toco.*

*Yo no soy de aquí, pero tú tampoco.
Yo no soy de aquí, pero tú tampoco.
De ningún lado del todo,
y de todos lados un poco.*

*Atravesamos desiertos, glaciares, continentes,
el mundo entero de extremo a extremo,
empecinados, supervivientes,
el ojo en el viento y en las corrientes,
la mano firme en el remo.*

*Cargamos con nuestras guerras
nuestras canciones de cuna,
nuestro rumbo hecho de versos,
de migraciones, de hambrunas.
Y así ha sido siempre, desde el infinito.
Fuimos la gota de agua viajando en el meteorito,
cruzamos galaxias, vacío, milenios,
buscábamos oxígeno; encontramos sueños,
encontramos sueños.*

*Apenas nos pusimos en dos pies
y nos vimos en la sombra de la hoguera,
escuchamos la voz del desafío,
siempre miramos el río
pensando en la otra rivera.*

*Somos una especie en viaje,
no tenemos pertenencias, sino equipaje.
Nunca estamos quietos,
somos trashumantes,
somos padres, hijos, nietos y bisnietos
de inmigrantes.
Es más mío lo que sueño que lo que toco.*

*Yo no soy de aquí, pero tú tampoco.
Yo no soy de aquí, pero tú tampoco.
De ningún lado del todo,
y de todos lados un poco.*

*Lo mismo con las canciones, los pájaros,
los alfabetos,
si quieres que algo se muera, déjalo quieto.*

Siempre existió la movilidad humana (Dorronsoró, 2019). No obstante, tanto el impacto de las noticias como su presencia en nuestra vida cotidiana debido a su incremento en las últimas décadas, especialmente en este lugar del mundo (Bengochea *et al.*, 2023), hacen tal vez más visible su existencia. Es que, en los últimos años, nuestro país ha recibido una importante migración de personas procedentes de Centroamérica, dándose a su vez una creciente migración sur-sur (ONU, 17 de julio de 2024), aspecto que podemos vivenciar en el paisaje de las calles enriqueciéndose de lenguas y acentos, atuendos y colores, y variedad de aromas y sabores.

No obstante, el proceso de migración supone mucho más que los aspectos que a simple vista podemos apreciar. Implica una serie de cambios en la vida de las personas, que inciden significativamente en su bienestar. Este proceso puede ser considerado como una crisis, cuya naturaleza y magnitud depende de diversos factores, como las circunstancias que motivaron a las personas a migrar, las características del trayecto realizado y las condiciones en las que el lugar de destino las acoge. Algunos aspectos que se han identificado como grandes desafíos en el proceso de acogida son la dificultad en el reconocimiento, valoración e integración de sus saberes, historias y costumbres, así como de la atención a sus pérdidas y duelos (Goguikian y Díaz-Marchand, 2019). Además, influyen las características personales de quienes atraviesan este proceso, tales como la edad, el nivel socioeconómico y otras intersecciones que los coloquen en situación de mayor vulnerabilidad, entre estas, la etapa del ciclo vital en la que se encuentren. Es que muchas de estas personas, debido a su edad, gestan, paren y crían a sus hijos e hijas en el país de acogida. Pensar en la movilidad humana es entonces también pensar en niños y niñas que nacen en el país que acoge a sus madres y padres, cifra que a nivel mundial asciende a más de 750.000 (Daga *et al.*, 2024). No obstante, más allá de las cifras, considerar las diversas situaciones desde la interseccionalidad nos brinda la posibilidad de atender a su complejidad y, tal como plantea Crenshaw (2016), tener un prisma que nos permita visualizar cómo las distintas dinámicas sociales se unen y crean desafíos únicos, permitiéndonos un acercamiento más fiel respecto a cómo viven sus vidas, es que «cada historia es individual y particular, cada dolor, como la sombra, resulta extremadamente singular» (Castillo *et al.*, 2024, p. 288).

En este sentido, contemplar la particular intersección entre personas en contexto de movilidad humana y crianza constituye un aspecto fundamental a tener en cuenta para ejercer una mirada que necesariamente debe pendular entre niños, niñas y sus referentes afectivos.

Desde este esbozo a la complejidad de la movilidad humana y atendiendo a la dimensión de la ética del cuidado (Camps, 2021), inherente a las disciplinas que trabajamos con la subjetividad, corresponde preguntarnos qué mirada ofrecemos desde el psicoanálisis a referentes parentales en contexto de movilidad humana.

Con el fin de adentrarnos en esta temática, es necesario acercarnos a los procesos que subyacen a la etapa del ciclo vital que significa el acceso a la maternidad, paternidad. Sabemos que la etapa perinatal y los primeros años de vida constituyen, para los referentes parentales, un período cuyo rasgo principal es el movimiento. Y es que en la maternidad y paternidad estamos hablando de procesos y cambios constantes: cambian nuestra mente, cuerpo, emociones, rutinas, lugares, vínculos y hasta sensaciones. Los sustanciales cambios que la parentalidad supone en las personas (Lebovici, 1988; Díaz Rossello *et al.*, 1989) han generado que algunos autores se refieran a esta etapa como de conformación de una nueva identidad (Cramer y Palacio Espasa, 1995). En este proceso, la historia adquiere singular importancia, constituyendo tanto los cuidados recibidos en la gestación y primera infancia, como las normas y valores culturales respecto a la maternidad, paternidad y crianza del lugar de origen, el acumulado con el que contarán para iniciar este camino (Moró, 2018).

Hablamos de cambios y movimiento, ya que como en una metamorfosis, de a pasos, nos vamos transformando en padres, madres y referentes de cuidado; impregnados e impregnadas de nuestra cultura, con las herramientas con las que nos ha provisto nuestro camino, y a su vez convocados, convocadas por nuestro, nuestra bebé. Metamorfosis que no se acaba en el nacimiento, sino que será fundamentalmente en el día a día y momento a momento, con períodos que van y vienen en intensidad y calma, que irá tomando forma este nuevo rol. Pero a diferencia de otras, podríamos decir que es esta una metamorfosis abierta, plástica, que se construye día a día. En esta transformación, el vínculo con el y la bebé aportará materiales esenciales, pero necesita de un entorno y contexto amables que sostengan y

promuevan toda la potencialidad que habilita el encuentro. El contexto que rodea a estos nuevos padres y madres (Brazelton, 1992), gravemente invisibilizado, tiene un lugar fundamental en esta construcción tan especial.

Ser padre, ser madre, cuidar y criar es entonces un rol que aprendemos con otros y otras. Aprendizaje que se da desde la vida intrauterina, cuando comenzamos a ser envueltos y envueltas por voces, relatos, cantos y movimientos que cuentan, transmiten y comienzan a delinear un camino. Así, Weigensberg (1998) nos plantea

por nuestra condición de parlantes, los seres humanos, utilizamos un discurso que nos antecede, transmisor de ideologías, sistemas de valores y creencias [...]. En el transcurrir del tiempo, abuelos, padres, hermanos, envuelven al bebé con sus susurros, cantos, cuentos, como parte de sus memorias, novelas, historias. Palabras que enlazan y entretejen el devenir del nuevo ser. Voces que juegan con la repetición, recreación y lo nuevo que surge en el encuentro. (p. 133)

También Moró (2018) nos plantea: «No nacemos padre/madre, nos hacemos» (p. 125), en referencia a que este nuevo rol supone un hacerse. Es que ser madre, padre no es estático. Lo estático rigidiza, atrapa, encorseta y coarta las posibilidades. Por el contrario, ser padre, madre supone siempre movimiento.

Estos referentes afectivos serán los que invitarán a la vida y mostrarán un camino, proceso que se da a través de todos los cuidados que el cachorro humano necesita para su supervivencia. Cuidados que se expresan a través de innumerables y casi invisibles gestos que envolverán a niños y niñas brindándoles la calidad y cualidad de su desarrollo, su forma de ser y estar en el mundo, constituyendo así un diálogo performativo (Urbano y Yuni, 2014, p. 67), en una etapa fundante tanto para niños y niñas como para sus referentes parentales (Defey, 1995). Pero es relevante considerar que estos cuidados tienen la característica de ser prodigados a través del afecto que mueve a quienes están asumiendo este nuevo rol. Estos cuidados están «hechos», podríamos decir, de aprendizajes, creencias, representaciones, miedos e ilusiones. ¡Cuán importante es entonces acercarnos a las historias y sentidos que sostienen los diversos gestos que componen las

prácticas de crianza! Por lo que dar lugar a aquello del orden de lo inasible, a través del recuerdo y la narrativa de su historia personal, haciéndola presente en este nuevo rol, se vuelve fundamental. Solo acercándonos a la trama de significantes que sostienen las diversas formas y singularidades es que tendremos la posibilidad de comprenderlas en su importancia y, fundamentalmente, devolverles su valor.

Desde este lugar, cabe preguntarnos cuál es el motivo por el que homogeneizamos las expectativas, tareas y roles en función de las categorías *padre* y *madre*, cuando, por todo lo antedicho, hay mil formas de vivir esta etapa, dependiendo de las diversas historias, características y circunstancias.

Pueden existir muchos conceptos que nos permitan mirar a madres, padres y cuidadores en el ejercicio de su rol, lo importante es verlos desde una mirada que habilite, valide y promueva las distintas formas de sentir, ser y hacer. Desde este lugar, hablamos de *parentalidad*. Y como la palabra crea, esta en particular nos invita a abrir nuestra mirada y recrear en ella los conceptos que hemos construido en torno a *madre*, *padre*, brindando la posibilidad de albergar sus distintos géneros, edades, formas de interacción y crianza. Constituye, por lo tanto, un concepto hospitalario, inclusivo y democrático. *Parentalidad*, desde sus primeras conceptualizaciones (Lebovic, 1988), comprende el dinamismo y complejidad que caracteriza este proceso. Estas características hacen, al decir de Moró (2018), que la parentalidad sea «el oficio más viejo del mundo, el más universal, el más complejo sin duda y quizás, incluso, el más imposible pero también el más plural» (p. 124).

Es así que cuestionar los modelos hegemónicos que pretenden homogeneizar prácticas en función de una etapa vital, sin tener en cuenta las diversas culturas, contextos, estilos y necesidades, se vuelve un ejercicio necesario y honesto para descargar el gestar, parir, recibir y criar de pesadas formas y limitantes discursos, devolviéndoles el necesario *respeto* –aquel del sentido etimológico de «volver a mirar»²– a actos trascendentales de nuestra especie.

2 Etimológicamente, *respeto* proviene del latín *respectus*, que procede del verbo *respectāre*: «considerar o prestar atención hacia el alrededor de uno». El prefijo *re-*, en función de reiteración y énfasis, indica dedicación, y *spectāre*, asociado a *specere*, señala la acción de apreciar, mirar u observar (Etimología de respeto y respetar, s. f.).

Decimos que padres, madres y quienes establecen un vínculo de apego con niños y niñas viven una transformación. Transformación silenciosa pero intensa, rápida pero lenta a la vez, novedosa, pero que integra toda su historia y su ser. ¿Cómo se transita, entonces, este camino en un territorio desconocido? Resulta fundamental comprender el trabajo de elaboración que deben realizar quienes transitan la etapa perinatal en un territorio que aún les es ajeno, donde los aspectos sociales y culturales difieren de los que han cargado de contenidos, sentidos y significados su mundo interno. Pero este trabajo psíquico requiere de un entorno que contenga, habilite y promueva. Desde los aspectos hasta aquí mencionados, es necesaria, entonces, una mirada que tenga la delicadeza de oscilar entre el adentro y el afuera, hacia atrás y hacia delante, que se detenga en lo «chiquito» sin dejar de mirar lo «grande».

Uno de los aspectos que visten y aportan características especiales a esta etapa es el momento histórico y el lugar del planeta en el que esta se transita. Al respecto, Cyrulnik (6 de abril de 2021) plantea que la mayoría de las causas de las depresiones maternas en la cultura occidental se deben a la soledad que viven las mujeres en esta etapa en nuestras sociedades; manifiesta que «el bebé depende de su mamá, de su papá y de su cultura». Es así que, teniendo en cuenta la sobrecarga y las tensiones con las que cargan madres y padres en nuestra cultura occidental, tal vez hemos llegado a un momento en el que resulta urgente reflexionar respecto a cómo miramos la llegada de una nueva vida. ¿Qué lugar le damos y qué prácticas habilitamos? Mirar de cerca estas formas actuales, que pueden ser vistas como dadas así desde siempre a través de una construcción de sentido que casi deviene en sentido común, es desnaturalizarlas, brindándonos la posibilidad de entender también los malestares y sufrimientos que generan. Así, visitar algunas de aquellas casi retóricas preguntas de la infancia –¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?– puede conducirnos a mirarnos en nuestra cotidianidad, a salirnos por un breve tiempo del ritmo cotidiano, de los lugares íntimos que habitamos, y repensar esas grandes verdades que parecieran incuestionables. De esta manera, relocalizamos el nacimiento y el acceso a la maternidad y paternidad en nuestra cultura actual. Nos acercamos a aquello que tal vez en su calidad de cotidiano hemos dejado a la deriva, casi como una circunstancia más:

el nacimiento. No obstante, una circunstancia es la que nos coloca en este viaje: «El acto más extraordinario que el ser humano puede concebir, el nacimiento de otro ser humano» (Jaar, 14 de enero de 2022, 0:40-0:48). El viaje que significa la vida y habitar el planeta... en el cosmos. Es que, desde esta perspectiva, todos y todas estamos en este viaje. Estamos migrando, nos estamos moviendo.

Tal vez por lo inconmensurable del cosmos y la necesidad de la humanidad de encontrar marcos que contengan, perspectivas que limiten y categorías que definan, creamos las razas, las naciones y las lenguas. Luego, los límites, los países y las banderas. Y así continuamos con las especies vivientes y las edades, posicionándonos desde el antropocentrismo y el adultocentrismo. De esta manera, relocalizamos y reasignamos el poder, controlándolo. Tal vez en la ilusión de lograr esa necesaria calma y autocomplacencia frente a lo inmenso e indefinido. Y seguimos definiendo norte y sur, desarrollo y subdesarrollo, blancos y negros, Occidente y Oriente, mujeres y varones. Fuertes y débiles. Y continuamos con los modelos de ser y hacer, lo correcto e incorrecto. Lo funcional y disfuncional. Y entonces, otros rostros, colores, lenguas y acentos pasan a ser extraños. Y aquellas prácticas de crianza y cuidados ancestrales, plenas de sentido, llenas de historias, pero por sobre todo cargadas de afecto, cuando no entran dentro de las prácticas globales mayormente validadas, especialmente por discursos que se toman la mano con el mercado, pasan a ser cuestionadas.

En tiempos en los que nos es más fácil ver lo que nombra un título y se puede categorizar aquello que es movimiento, es recortado, capturado y por lo tanto invisibilizado en su especificidad, aun los hechos más significativos de nuestra especie, como el nacimiento y los múltiples caminos que en torno a este se despliegan, es así que este lento y minucioso proceso de cambios y movimiento no es comprendido en su esencia, esa que le es dada por el minuto a minuto de las emociones, sensaciones y el intelecto que se ponen en juego al recibir, cuidar y criar a niñas y niños. Ese que se carga de historias múltiples, colores diversos, melodías heterogéneas. De cantos y gritos y aromas. Geografías y viajes. De tierra, ríos, fuego y mar.

Anne Dufourmantelle, filósofa y psicoanalista francesa, en su libro *La potencia de la dulzura* (2021) plantea: «En occidente, los cambios son

captados según el principio del acontecimiento, que nos apresuramos a categorizar. Estamos ciegos a lo imperceptible» (p. 63). Y más adelante, continúa:

Se procede por concepto y no por intuición, menos aún por análisis de las sensaciones. La nieve que se funde es un ejemplo de ello: ¿cómo definirla? En el corazón del pensamiento occidental está, en efecto, la cuestión de la identidad estable, y no la de lo que muda. (p. 64)

En el intento de alumbrar lo cotidiano y permitirnos la sorpresa de lo casi no visto, puede ayudar el acercarnos a lo que siempre está ahí, manteniendo su movimiento rítmico y posibilitando la vida. Y así, volver a mirar cómo todos los días el sol sale, se esconde, brillan la luna y las estrellas, y en el transcurso de este ciclo que se repite una y otra vez, miles de personas despliegan silenciosa y cotidianamente sus cuidados a los más pequeños y pequeñas: niños y niñas. Padres, madres, abuelas, abuelos y otras personas adultas, y muchas veces no tanto, se encargan de la tarea de cuidar y criar. Tarea que, por cotidiana, a los ojos de quienes asisten a estas escenas con ajenidad o distancia, parece natural, sencilla, marcada por un camino de antemano. Sí, el cuidado es naturalizado, por momentos casi invisible, y sin embargo, estos gestos ¡cuán especializados son! Nuestras generaciones precedentes, desde siempre y bajo distintas formas, lo han realizado. Nuestra condición humana de primera gran desprotección así lo impone.

Bajo un aparente manto de globalidad, podríamos pensar que, ante un mismo cielo, se prodigan a niños y niñas desde su nacimiento los mismos cuidados. No obstante, este manto, si bien global (este cuidado es necesario en todos los seres humanos al nacer), no es igual. Podríamos decir que cada tiempo, cultura y región se ampara, cubre y deja cubrir por una especie de manto particular.

El manto que nos cubre nos transmite creencias, convicciones, formas de comprender, ver y sentir el mundo y sus relaciones. Es interesante reparar respecto a cómo las concepciones que tenemos de bebés, niños y niñas, así como de maternidad, paternidad y familia son el resultado de un camino y construcción social que ha ido variando y evolucionando en el tiempo. Pero aun en una misma época o contexto histórico, acercando

nuestra mirada, podremos ver las diferentes visiones que se siguen dando en los diversos lugares de nuestro extenso planeta. Este supuesto manto global que todo lo cubre y significa podríamos pensar que tiene distintas texturas, colores, tramas y espesores, volviéndose particular. Estas diferencias, a modo de grandes y diversas extensiones de *patchwork* en el que cada fibra, estilo de punto, combinación y tonalidad tiene su origen, historia y hechos que lo fundamentan, nos envuelven casi invisiblemente, asignando sentidos particulares a las diferentes formas de criar. ¿Qué es lo que hace que en una pequeña comunidad se presente la luna a niños y niñas al nacer? ¿Por qué niños y niñas de las comunidades indígenas mayas son cargados en la espalda de su madre todo el tiempo? ¿Nos preguntamos por qué algunas familias colocan collares, cintas rojas, amuletos u otros objetos en el cuerpo y ropa de bebés? ¿Por qué en las culturas occidentales llevamos a los niños y niñas en cochecitos? Son algunas de las preguntas que nos podemos hacer frente a las diferentes prácticas arraigadas a cada contexto y lugar.

Cuidar su salud y protegerlos de las adversidades. Transmitirles concepciones del mundo, el amor, la vida y la muerte. Prepararlos para que se inserten en «nuestro mundo» y su forma de funcionamiento. Mostrarles los límites por donde se deben mover. Contagiarles aspiraciones. Presentarles la vida social, laboral y afectiva que deben tener. Impregnarlos respecto a cómo, en definitiva, desde los distintos paradigmas, se es un «buen hombre» y una «buena mujer» son algunos de los sentidos que sustentan tan extensas, diversas y fundamentalmente eficientes prácticas. Rituales, usos o costumbres, que aun en sus diversas formas son universalmente realizados por quienes transitan esta etapa. ¿Acaso estos no logran transmutar deseos, aspiraciones, angustias y temores, brindando calma y seguridad? Es que el cuidado de niños y niñas, plantea Moró (2019),

está inscripto en el tiempo y el espacio y es más un arte de interpretar, proteger y conjurar los peligros a los que están sometidos los niños que un tratado de ciencias exactas que hay que seguir al pie de la letra. (p. 251)

Y citando a Delaisi y Lallemand, continúa «es un arte, una calipedia, el arte de tener hijos hermosos, más que una ciencia» (p. 251).

Y es el ambiente más próximo, cercano y tangible de cada bebé, conformado por su padre, madre o referente significativo de cuidado el que será el encargado de, tomando las características de su manto, transmitir las distintas concepciones del mundo, es decir, como planteaba Donald W. Winnicott (1965/2006), «presentarle el mundo en pequeñas dosis» (p. 44). Transmisión que se realiza a través del cuerpo y el lenguaje, puestos en práctica en múltiples, complejas y sutiles expresiones, que devendrán en envoltura cultural.

Numerosos estudios plantean el soporte social como uno de los factores que inciden en la construcción del rol parental y en su bienestar emocional³, por lo que es pertinente atender aquellas situaciones en las que, por algún motivo, este se encuentra afectado. En este sentido, se vuelve relevante preguntarnos qué mirada les devuelve el contexto a las parentalidades migrantes. ¿Cómo miramos, en función de las categorías que hemos construido, al otro, otra diferente? Moró (2019) plantea: «La forma en que pensamos en los niños, cómo nos preparamos para acogerlos, amarlos, protegerlos, educarlos, separarnos de ellos es profundamente cultural y, por lo tanto, colectivo» (p. 243). Agrega a su vez que

esta cuna cultural está muy arraigada en nosotros y, al mismo tiempo, nos diferencia unos de otros, de un grupo cultural a otro. Sin embargo, dentro de un grupo, nos parece profundamente natural y obvio, como si solo hubiera una forma de hacerlo. El otro haciendo diferente con sus hijos sólo puede ser percibido como actuando «contra la naturaleza», contra el interés superior de los niños. (p. 243)

Es así que miramos de reojo otras formas de hacer, sintiéndolas extrañas, ajenas e inadecuadas.

El gesto de mirar el nacimiento y llegada de una nueva vida en su tal vez casi imposible pureza (debido a la imperiosa necesidad de cargar de

3 Hutchens y Kearney (2020) resumen y sintetizan revisiones sistemáticas y metanálisis publicados previamente, y concluyen que la falta de apoyo social es uno de los factores de riesgo mejor establecidos en la depresión posparto.

significados y sentidos este momento) logra colocarnos frente a un hecho fundamental que expone tanto el misterio de la vida como la vulnerabilidad de nuestra especie humana, interpelándonos respecto a nuestra respuesta. Aunque aun antes de nacer el ser humano «es acogido en un cuerpo material y biológico que ha sido atravesado por el lenguaje» (Urbano y Yuni, 2014, p. 43), el recién nacido no sabe aún de lenguas, culturas y formas. No obstante, cuenta con eficientes recursos que tienen la potencialidad de llamar y convocar tanto a nuestros fantasmas intrapsíquicos como a los sociales.

El recién nacido que se anuncia con el llanto no reconoce a nadie y, sobre todo, no reconoce el mundo que vivimos, el mundo intersubjetivo; no reconoce propio o ajeno el mundo que nosotros reconocemos propio o ajeno. En este sentido el llanto/grito del recién nacido en el espacio público restituye una desigualdad, más que una igualdad⁴. Una desigualdad disruptiva para nosotros. E interpela nuestra responsabilidad (personal e institucional) para que ese extraño se convierta en un semejante. (Fuentes *et al.*, 2023, p. 55)

El llanto del recién nacido llama a gritos y atrapa. Pero existen múltiples modalidades de empezar a habitar ese espacio que es el ser madre o padre, así como diferentes formas de organizar la respuesta desde el tejido social. Dar lugar a las narrativas respecto a cómo las generaciones precedentes recibían una nueva vida; qué prácticas de protección realizaban, e incluso qué prácticas prohibían o alejaban; cómo les cargaban, arrullaban, hablaban, dormían, alimentaban; quiénes lo hacían y de quiénes se rodeaban es también integrar lo desconocido y ajeno a nuestro limitado universo occidental. Las diversas y extensas modalidades de dormir, acunar, mimar, higienizar, jugar, transportar, entre otras prácticas de crianza, dan cuenta de ello.

4 La obra *Music (Everything I know I learned the day my son was born)* (*Música: Todo lo que sé lo aprendí el día que nació mi hijo*) (Jaar, 2013) fue realizada por primera vez en 2013-2014. En esa ocasión se reproducían en el Nasher Sculpture Center de Dallas, Texas (USA), el llanto de recién nacidos de tres hospitales que atendían «inmigrantes, personas no documentadas y comunidades afroamericanas» (Fuentes *et al.*, 2023, p. 50).

¿Qué sucede cuando cambiamos el orden, anteponiendo las formas al hecho trascendental de gestar, parir y criar? ¿Qué pasa con los conocimientos y saberes ancestrales respecto al nacimiento y la crianza con los que cargan padres y madres en situación de movilidad humana que están también naciendo en este rol?

Como hemos visto, ser madre, padre se compone de una dimensión social y a la vez singular, por lo que este lugar que nos preexiste necesita de un tiempo para ser habitado, el tiempo que requerirá nuestra mente, acompañada del contexto, para hacernos padres y madres de «ese pequeño extraño», «esa pequeña extraña» haciéndolos poco a poco una persona familiar. Pero no es una tarea sencilla, y como claramente ha expresado Cramer (1990), «el encuentro con el bebé en el momento de su nacimiento es un hecho sin igual en la experiencia humana. En el espacio de unos instantes, los padres deben casarse (y para toda la vida) con un desconocido» (p. 11).

Frente a los aspectos antes mencionados, ¿qué miradas ofrecemos a estos nuevos padres y madres, tanto desde los espacios comunitarios como desde las diversas disciplinas que acompañamos este proceso? Disciplinas que se encuentran también imbuidas de cultura y, por lo tanto, de técnicas y tecnologías, aspecto que puede hacerse más visible cuando reflexionamos respecto al momento en que estas comienzan a surgir. Al respecto, Ana María Fernández plantea en *La invención de la niña* (1993):

Si bien siempre ha habido niños y niñas, la niñez como campo social de significaciones, es un fenómeno tardío en la historia occidental. La noción de infancia o niñez, como así también las instituciones, áreas de conocimiento y profesiones que se ocupan de los niños se instituyen en un lento proceso histórico que presenta, a su vez, grandes cambios en el último siglo. (p. 10)

Ya anteriormente, Phillipe Ariès (1960/2023), en relación con el nacimiento de lo que denomina la infancia moderna, había planteado: «Algunas ciencias recientes, como el psicoanálisis, la pediatría y la psicología, se dedican a los problemas de la infancia, y sus consignas llegan a los padres a través de una vasta literatura de vulgarización» (p. 342).

La psicología y el psicoanálisis, dentro de las disciplinas que acompañan el sufrimiento intentando, desde su hacer y pensar, comprenderlo y aliviarlo, inciden también en la construcción de sentidos y significados sociales y culturales a través de las narrativas y diversas herramientas empleadas. Las miradas, técnicas y tecnologías no son inocuas. Son creadas en función de aquello que sabemos que podemos, queremos y creemos encontrar en un sujeto que es definido también social, cultural y políticamente.

Nacido en determinado contexto social y cultural, el psicoanálisis logra vencer tiempos, recursos y barreras. No obstante, es pertinente preguntarnos cómo concebimos desde la clínica a las familias, padres y madres migrantes. ¿Integramos los diversos contextos que cargan de contenidos su ser y hacer? ¿Qué lugares les damos a sus saberes? ¿Desde qué epistemologías trabajamos con su dolor? ¿Intentamos acercarnos a sus cosmovisiones? ¿Podemos desarmar algunas de nuestras certezas para permitirnos tender puentes reales hacia lo desconocido?

Trabajamos con las palabras, las que logran «fabricar representaciones alejadas, dilatan el espacio-tiempo y estructuran nuestros sentimientos» (Cyrulnik, 2019, pp. 218- 219). Aspecto favorecedor de viajar hacia aquella o aquellas historias de otros tiempos y lugares, y hacerlas presentes en las emociones y afectos, aportando a la construcción de nuevos sentidos al ser y estar actual. No obstante, ¿tenemos presente que, tal como afirma Barthes (1978/2008), muchas veces no vemos el poder que hay en una lengua porque olvidamos que toda lengua es una clasificación?

Cyrulnik (2019), a su vez, al referirse a la potencia de las palabras, trae la palabra escrita, (aspecto que podemos trasladar a la palabra hablada), destacando lo que denomina «la literatura de los relatos del entorno» (p. 232), y explica al respecto que

cuando la historia que nos contamos, en nuestro fuero interior, concuerda con la que se cuenta en nuestro entorno, nos sentimos aceptados por el mismo. Pero cuando el relato de uno mismo es discordante con los relatos colectivos, familiares y culturales, nos sentimos apartados, otra vez rechazados. (p. 232)

¿Cuáles son las palabras y relatos que reciben estas parentalidades en las calles, plazas e instituciones? ¿Ofrecemos una clínica que integra sus relatos colectivos, familiares y culturales? ¿Logramos realmente descen-trarnos de nuestras formas de entender el criar y cuidar frente a referentes parentales con otras historias, culturas, lenguas y significados?

Y a modo de complejizar aun más esta relación, continuando con Cyrulnik, este plantea que

poner en palabras un sentimiento es traicionarlo, ya que la elección de las palabras depende del talento del autor, el número de expresiones de las que dispone y de la persona a quien se dirige. El silencioso oyente es coautor de mi relato, aunque no sepa lo que ha pasado. (p. 236)

Y más adelante, expone: «El oyente o el lector son coautores de la historia, ya que oyen y leen tan sólo aquello a lo que sus historias personales les han hecho sensibles» (p. 248). Afirmaciones que evidencian ese otro mundo que subyace más allá de las palabras. Silencioso y muchas veces inaccesible, haciendo su trabajo a través de la asignación de sentidos. Ese otro mundo que, desde la contratransferencia, es necesario escuchar. Tal vez de otra manera, explorando otros caminos. Escuchar nuestro propio mundo interno, con sus representaciones, pero también los muchos «otros mundos», permitiendo entrar a la consulta no solo contenidos intrapsíquicos, sino sus tierras y paisajes, con sus aromas, atardeceres, vientos, lluvias y tempestades. Sus historias y leyendas, pero desde su especial forma de contarlas, con su prosodia y fonética. Sus celebraciones. Sus danzas, canciones y melodías. A veces sus guerras y sus muertes. Muchas veces la violencia, lo insoportable. El estruendo y la ruptura. Aquello para lo que no hay palabras porque no se han encontrado o porque, frente a tanto dolor, aún no se han podido buscar. Y así comprender y acompañar la búsqueda de este nuevo rol de padre y madre en un nuevo territorio. Tomar de la mano para buscar senderos que habiliten el con-versar historias y caminar.

Y Cyrulnik prosigue: «El hablante pone orden hablando y ya no se siente solo cuando el oyente escucha» (p. 236), aspecto que nos lleva nuevamente a la relevancia de la disposición, el gesto, la mirada, el cuerpo, el

espacio y el tiempo como herramientas para comunicar, dar lugar y alojar. La escucha, dice Dufourmantelle (2022),

que el psicoanalista guarda para con aquel que le habla, se queja, sufre, se sofoca, es una atención particular a los detalles: granos de voz, imágenes evocadas por una vacilación, actitud, palabras extrañamente combinadas, tics de lenguaje [...]. Intenta oír de otro modo, ir a desemboscar a los fantasmas. (p. 116)

P. Ricoeur (1983), filósofo, plantea que la identidad del ser humano es fundamentalmente una «identidad narrativa», por lo que el espacio del narrar y escuchar se vuelve profundamente relevante para estos nuevos referentes parentales. No obstante, para que estos referentes puedan «narrar» sus historias, necesitan un contexto que las habilite y reconozca. Contexto que será crucial, ya que será el que albergará a sus niños y niñas, permitiéndoles también contar sus propias historias. El psicoanálisis, como parte del tejido social que aporta a la construcción y deconstrucción de sentidos y significados, tiene aquí un lugar relevante.

La mirada y comprensión psicoanalítica en las parentalidades migrantes supone también la dimensión ética de entendernos como seres vulnerables e interdependientes, sufriendo también procesos de vulnerabilización (Fernández y López, 2005). Cuando el otro, otra se vuelve peligro, le asignamos violentas categorías estáticas: madre, mujer, pobre, joven, migrante. Dicen Skillar y Bárcena (2013):

Los nombres que atribuimos a los otros nunca se dirigen a los otros. Los damos, pero no se los damos. No los ofrecemos: los instalamos. Son nombres que los nombran pero que no los llaman. No los convocan a venir, sino a quedarse [...]. Son nombres para usar entre pares y volver a separar, una y otra vez a los supuestos impares... Describen lo que sería el otro, si el otro estuviese quieto, aquietado, ajustado a unos ojos que se pertrechan detrás de la apariencia civilizatoria de una idea. (p. 23)

Considero relevante cerrar este texto con Winnicott, quien a través de su célebre frase «un bebé, eso no existe» expresaba que solo podemos

entenderlo en relación con un otro, otra que lo mire, lo piense, lo sienta y humanice, volviendo a poner el acento en el entorno. Es así que mirar a padres, madres y referentes de cuidado migrantes es, por todo lo ante dicho, mirar y escuchar sus historias y creencias, sus prácticas y su lengua. Por eso es necesario que estén dadas ciertas condiciones, y entre estas, la habilitación, soporte y validación del contexto. Es necesario que el psicoanálisis, junto con otras disciplinas que acompañan esta etapa del ciclo vital, sea parte del tejido social que, desde una ética del cuidado, acompañe y construya respuestas significativas, necesarias y honestas al «grito/llanto» del bebé y sus referentes afectivos. Como expone Víctor Guerra (2009):

La melodía principal de la «música de la parentalidad» la deben crear y desarrollar los propios padres. Nuestra tarea será tratar de identificarla y afinar el instrumento que ellos deben ejecutar y tratar de que al estimular al bebe y a la madre (agregamos padre u otros cuidadores) no le impongamos nuestra propia música. (p. 91) ♦

BIBLIOGRAFÍA

- Ariès, P. (2023). *El niño y la vida familiar en el Antiguo Régimen*. El cuenco de plata. (Trabajo original publicado en 1960).
- Barthes, R. (2008). *El placer del texto y lección inaugural de la cátedra de Semiología Literaria del Collège de France*. Siglo XXI. (Trabajo original publicado en 1978).
- Bengochea, J., Fernández Soto, M., Grande, R. y Márquez, C. (2023). Patrones de migración familiar de venezolanos, cubanos, peruanos y dominicanos que llegan a Uruguay. *Revista Latinoamericana de Población*, 17, e202312.
- Díaz Rossello, J. L., Guerra, V., Strauch, M., Rodríguez Rega, C. y Bernardi, R. (1989). *La madre y su bebé: Primeras interacciones*. Roca Viva.
- Bonavita, F., Cerutti, S. y Defey, D. (1995). La profesión de padres nuevos. En D. Defey (comp.), *Mujer y maternidad* (vol. 3). Roca Viva.
- Brazelton, T. (1992). *Touchpoints: Your child's growth from birth to age 3*. Da Capo.
- Camps, V. (2021). *Tiempo de cuidados: Otra forma de estar en el mundo*. Arpa.
- Castillo Soto, D., Pollak, G., Pena, E. y Cardozo, V. (2024). Psicoanalistas migrando a la comunidad: Niños, niñas y adolescentes en movimiento migratorio. Un padecer que no descansa. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 139, 277-295.
- Cramer, B. y Palacio-Espasa, F. (1995). *Técnicas psicoterapéuticas madre-bebé*. Artes Médicas.
- Cramer, B. (1990). *De profesión bebé*. Urano.
- Crenshaw, K. (2016). *La urgencia de la interseccionalidad* [video]. Charla TED. https://www.ted.com/talks/kimberle_crenshaw_the_urgency_of_intersectionality?utm_campaign=tedspread&utm_medium=referral&utm_source=tedcomshare
- Cyrulnik, B. (2019). *Escribí soles de noche: Literatura y resiliencia*. Gedisa.

- Cyrułnik, B. [Facultad de Psicología - Universidad del Valle] (6 de abril de 2021). *Conversatorio: Infancia, pandemia y resiliencia: Transmisión del sentimiento de seguridad* [video]. Youtube. https://youtu.be/8xR03Qk_nQY
- Daga, G., López Bóo, F. y Werf, C. van der (2024). *Crecer en movimiento: Desafíos y oportunidades para la primera infancia migrante*. Banco Interamericano de Desarrollo. <https://publications.iadb.org/es/publications/spanish/viewer/Crecer-en-movimiento-desafios-y-oportunidades-para-la-primer-infancia-migrante.pdf>
- Defey, D. (1995). *Las intervenciones focalizadas en la interacción temprana madre-bebé*. Roca Viva.
- Dorronsoró, N. (2019). Derechos humanos y nuevos desafíos: Migración, diáspora y democracia en una perspectiva comparada. En N. Villarreal (ed.), *Movilidad humana* (pp. 101-108). Secretaría de Derechos Humanos, Presidencia de la República. <https://www.gub.uy/secretaria-derechos-humanos/comunicacion/publicaciones/movilidad-humana>
- Dufourmantelle, A. (2021). *La potencia de la dulzura*. Nocturna.
- Etimología de respeto y respetar (s. f.). *Etimología.com*. <https://etimologia.com/respeto-respetar/>
- Fernández, A. M. (1993). *La invención de la niña*. Unicef.
- Fernández, A. M. y López, M. (2005). Vulnerabilización de los jóvenes en Argentina: Política y subjetividad. *Nómadas*, 23, 132-139.
- Fuentes, D., Garrido, J. M. y Trujillo, N. (2023). De la ofrenda a la obligación: *Música* de Alfredo Jaar como política de cuidado. *Marlas*, 7, 48-70.
- Goguikian Ratcliff, B. y Díaz-Marchand, N. (2019). Avoir un enfant loin des siens: Petits gestes, grands enjeux. En C. Barras y A. Manço (dir.), *L'accompagnement des familles: Entre réparation et créativité*. Harmattan.
- Guerra, V. (2009). Indicadores de intersubjetividad (0-2 años) en el desarrollo de la autonomía del bebé. En S. Mara (comp.), *Aportes para la evaluación de propuestas de políticas educativas*. Unesco y MEC.
- Hutchens, B. y Kearney, J. (2020). Risk factors for postpartum depression: An umbrella review. *Journal of Midwifery & Womens Health*, 65, 96-108.
- Jaar, A. (2013). *Music (Everything I know I learned the day my son was born)* [instalación sonora]. Nasher Sculpture Center de Dallas.
- Jaar, A. [Bienal de Artes Mediales de Santiago] (14 de enero de 2022). *Obra «Música (Todo lo que sé lo aprendí el día que nació mi hijo)»* [video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=1pCWNdojoV8>
- Lebovici, S. (1988). *El lactante, su madre y el psicoanalista*. Amorrotu.
- Moró, M. (2018). Hacerse padres en la emigración y en la diversidad cultural. En R. Prego Dorca, M. Alcamí Pertejo y E. Mollejo Aparicio (comp.), *Parentalidad, perinatalidad y salud mental en la primera infancia* (pp. 124-138). Asociación Española de Neuropsiquiatría, AEN Digital.
- Moró, M. (2019). Lecciones aprendidas de la diversidad cultural y la antropología para cuidar adecuadamente a todos los bebés y a sus padres. *L'Autre*, 20(3), 240-251.
- Moró, M. (2022). *Madres, padres, bebés, familias y diversidad cultural*. ASMI.
- Moró, M. R. y Golse, B. (2019). *Crecer en situación transcultural: Una oportunidad para las infancias*. Miño y Dávila.
- Organización de las Naciones Unidas [Medios Públicos Uruguay] (17 de julio de 2024). 05 - Temp. 2 | Infancias migrantes en el Uruguay del futuro. https://www.youtube.com/watch?v=3hFop_8b350
- Ricoeur, P. (1983). *Temps et récit*. Le seuil.
- Skillar, C. y Bården, F. (2013). *Cartas sobre la diferencia*. Plumilla Educativa.
- Urbano, A. y Yuni, J. (2014). *Psicología del desarrollo: Enfoques y perspectivas del curso de vida*. Brujas.
- Weigensberg, A. (1998). La canción de cuna: Cultura y lazo entre generaciones. En M. Altmann de Litvan (comp.), *La canción de cuna: Juegos de amor y magia entre la madre y su bebé*. Unicef, Instituto Interamericano del Niño.
- Winnicott, D. W. (2006). *La familia y el desarrollo del individuo*. Hormé. (Trabajo original publicado en 1965).